

# mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales  
N° 30 Segundo Semestre de 1991

## PÁGINA EDITORIAL 5

## HUMANIDADES

D.F. Sarmiento y el libro en Chile, <i>Bernardo Subercaseaux</i> .....	9
La vida cotidiana en la época de Balma- ceda, <i>Manuel Peña Muñoz</i> .....	19
El Ariel de Rodó o juventud, "humano tesoro", <i>Jaime Concha</i> .....	33
T.S. Eliot. Presentación de Ludwig Ze- ller, traducciones de <i>Aldo Torres</i> .....	47
José Ortega y Gasset. Una entrevista pós- tuma, <i>Alfonso Calderón</i> .....	63
Clarice Lispector: Fragmentos de un dic- cionario íntimo, <i>Consuelo Miranda</i> .....	67
Daff-Gala: Escandalosos, <i>Nora Ferrada</i> , Inmemoriales. Primeras letras, <i>Hernán Poblete Varas</i> .....	81
Tecnología y humanismo, <i>José Ricardo Morales</i> .....	87
	97

## CIENCIAS SOCIALES

El encuentro de dos culturas: Atawallpa y Pizarro en Cajamarca, <i>José Luis Martí- nez</i> .....	115
La cultura obrera ilustrada en tiempos del centenario, <i>Eduardo Devés</i> .....	127

Iglesia y Política: el colapso del Partido Conservador, <i>Sofía Correa S.</i> .....	137
Harold Blakemore, historiador de Chile, <i>Luis Ortega</i> .....	149
La democratización política en América Latina y la crisis de paradigmas, <i>Manuel Antonio Garretón</i> .....	159

## TESTIMONIOS

Siete años de recuerdos políticos, Alber- to Edwards (Primera Parte). Recopila- ción <i>Alfonso Calderón</i> . Presentación <i>Cris- tían Gazmuri</i> .	
Anexos: recopilación e introducción por <i>Sofía Correa S.</i> .....	179
Homenaje y condecoración para el poeta español Rafael Alberti, <i>Palabras en Alberti</i> por <i>Miguel Arteché</i> . Palabras del Sr. Mi- nistro de Educación. Palabras de Rafael Alberti.....	261
Rafael Alberti recorrió Chile acompaña- do por Pablo Neruda, <i>Justo Alarcón</i> <i>Reyes</i> .....	273
Discurso de la Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universi- dad de Chile, Prof. Lucía Invernizzi con motivo de la donación de la colección de libros del Prof. Antonio Doddis a la Bi- blioteca Nacional.....	275



DIRECCION  
DE BIBLIOTECAS  
ARCHIVOS  
Y MUSEOS

# LA CULTURA OBRERA ILUSTRADA CHILENA Y ALGUNAS IDEAS EN TORNO AL SENTIDO DE NUESTRO QUEHACER HISTORIOGRÁFICO

*Eduardo Devés V.*

Trataremos de abordar en este trabajo dos materias. La primera, es una reflexión sobre la historiografía chilena contemporánea, mostrando cómo nuestro quehacer se inserta y se explica a partir de dicho contexto; la segunda, es una exposición sobre un tema específico, la cultura ilustrada de los trabajadores chilenos hacia 1910.

## EL SENTIDO DEL QUEHACER HISTORIOGRÁFICO

Se puede abordar nuestra historiografía social desde diversos puntos de vista: influencias europeas, militancias políticas de los académicos, temas que se investigan, paradigmas y modelos científicos que se emplean, etc. Hemos querido tener en cuenta factores diversos, pero ciñéndonos a un punto de vista que nos parece decisivo: el desarrollo de un proceso en buena parte de nuestra generación, proceso tanto académico como humano, que ha llevado a producir una escuela historiográfica con carácter relativamente definido y que se puede distinguir muy nítidamente tanto de la historiografía liberal clásica, como de la historiografía revisionista conservadora y de la historiografía marxista de los años 50-73.

Evidentemente, nuestro quehacer está en deuda con todas esas escuelas y en particular con la última, sin embargo, no es menos cierto que sólo llega a constituirse como tal en la medida que hace la crítica de ellas y especialmente de la marxista tradicional.

Ahora bien, queremos destacar que dicho proceso —dicho cambio en los paradigmas, dicho “quiebre epistemológico”, por llamarlo de alguna manera— únicamente se hace posible a partir del quiebre político y humano que significa el golpe de estado de 1973. El quiebre teórico es producto del quiebre afectivo. Es decir, no se trata solamente ni prioritariamente de una evolución al interior del campo de las ideas y que podría estudiarse principalmente a partir de la lectura de Marx, Gramsci o cualquier pensador europeo, sino que debe ser explicado, en primer lugar, como un cambio de postura ante la realidad y ante la vida.

Después del 73 se inauguró la perplejidad y el escepticismo. Desde la certeza ortodoxa caímos en el pozo de la incertidumbre y del miedo: ¿Qué pasaba con Chile? ¿Qué ocurría con la historia? ¿Qué sería de nosotros? Este

golpe remeció hasta los fundamentos. Tardamos años en comenzar a reconstituírnos.

Vamos a enumerar ahora algunos puntos importantes para entender la historia social chilena de nuestros días.

1. La historiografía oficial hacía una identificación entre Chile y democracia. La historiografía tradicional del movimiento obrero, por su parte, concebía a éste como creciente, tanto cuantitativa como cualitativamente. El golpe de estado del 11 de septiembre de 1973 y la posterior permanencia del dictador venía a romper con estas dos concepciones.

2. Tanto una historiografía como la otra habían construido mitos sobre la realidad del país; habían ocultado, habían reprimido una parte, la parte fea, de nuestra historia y por ello se hacían incapaces de explicar ese funesto acontecimiento.

3. Se planteaba entonces con mucha fuerza la pregunta, ¿cómo había sido posible un acontecimiento que era contradictorio con nuestra idea de país? La tarea fue entonces reinvestigar la historia de Chile y, en particular, conocer la verdadera historia de los trabajadores, de sus organizaciones, de sus ideas, de su cultura. Así, podríamos descubrir sus debilidades, peculiaridades y falencias; sólo así podríamos explicarnos la derrota y podríamos enmendar rumbos.

4. La historiografía de quienes nos opusimos a la dictadura transformó a la historia de los grupos populares en un tema predilecto. Fue una manera de decirle al dictador y a su gente que había otro Chile oculto, ocultado, pero que poseía una presencia no por subterránea menos real. Fue ésta una forma de desafío, a la vez que una forma de construir identidad, fue un manifiesto de supervivencia.

5. Pero ya no se trató únicamente de hacer la historia de la clase obrera sino que la de campesinos, pobladores, estudiantes, indígenas, profesionales y grupos democráticos en general. El obrerismo y el clasismo cedieron paso a una historia de los grupos que podían constituirse en alternativa al autoritarismo. Éste fue un cambio decisivo.

6. Hubó igualmente otro cambio; la pregunta por la historia de estos grupos también fue ampliada. Ya no se trató únicamente de una pregunta por lo político-ideológico, sino que, más en general, se investigó en la cultura, formas de vida, mentalidades, costumbres, utopías, etc.

7. También cambiaron las palabras. El lenguaje omnipotente del leninismo cedió paso a un modesto "marxismo mínimo". El discurso se marcó por una tónica más existencial.

8. Dicho desde otro punto de vista; la historiografía perdió la tónica de combate ideológico, de arma de la revolución, de denuncia social. Adquirió un tono más reflexivo y dialogal. Con mucha fuerza se empezó a mirar a sí misma. Se hizo más auténticamente una autorreflexión, tanto del país consigo mismo como de la propia disciplina consigo misma.

9. Más aún, la historiografía asumió un carácter psicoanalítico. Es decir, tomó por misión recordar al país aquellos trozos reprimidos de su biografía.

La historia oficial como una memoria enferma había olvidado (había reprimido) aspectos importantes de la historia de Chile. De lo que se trata, entonces, es de reconstruir la biografía como país y cuestionar las ilusiones que éste se ha forjado sobre sí mismo. La historiografía crítica debía sacar a luz esos elementos y desarrollar un proceso de autorreflexión del país, proceso por el cual éste se reencontrara con su historia verdadera.

10. Esta historiografía social abandonó entonces esa tendencia parceladora que la centraba en la denuncia social, que hacía de la historiografía una forma de denunciar la opresión y la explotación para volcarse más bien hacia la búsqueda y la afirmación de la identidad del pueblo chileno. Identidad no sólo en sentido psicológico (qué carácter poseemos los chilenos), sino que más bien cual es la forma en que se han constituido, autoconstituido, los grupos sociales, cuál ha sido su presencia y su evolución en la vida nacional, cuáles han sido sus propuestas reales, cuáles sus inconsecuencias, caídas y mentiras. Identidad individual y grupal, pero, por sobre todo, redefinición de nuestro rol en el mundo contemporáneo.

11. Abordado en términos de identidad, el pueblo puede ser sujeto y no sólo el mártir de la burguesía y del imperialismo de que nos hablaba la historiografía de denuncia. O dicho de otro modo, la historiografía social chilena de la última década es parte de un vasto proceso de conocimiento y reconocimiento, de definición y de autodefinition. La historiografía se constituyó en una manera de interrogar y de autointerrogarse; es en diálogo con el pasado que los chilenos nos hemos ido reencontrando unos con otros y reencontrando con nosotros mismos, es en diálogo con el pasado que nos hemos ido redefiniendo.

12. En los últimos años la historiografía social chilena contribuyó a una labor importante: reconstruyó la dolorosa biografía nacional, sacó a luz, hizo recordar, posibilitó por ello mismo un olvido más sano y fecundo. Era ésta una labor que la antigua historiografía de denuncia no podía cumplir y no podía porque desde el comienzo se descargaba del peso del pasado, concibiendo a los grupos populares como mártires inmaculados y negándose a comprender al otro. En cambio, una historiografía de la concientización, de la identidad y del sentido podía, y de hecho pudo, contribuir en este proceso de apertura hacia una mayor democracia y dignidad.

1. El suicidio de Recabarren y el asesinato de Portales cumplen roles análogos en la historia de Chile; análogos, por una parte, diferentes, por otra. Son héroes y mártires fundadores. Pero el acto de Recabarren es consciente, es un gran acto de rebelión y desafío. Recabarren se mata y con ello da testimonio de su disconformidad y de su frustración; se inmola por un principio.

Cuenta Clotario Blest que el día 18 de diciembre de 1924, Recabarren había convocado a una gran manifestación popular de repudio a las políticas del gobierno militar, presidido por el general Luis Altamirano. Cuenta Clotario que habiendo concurrido él al lugar designado no contó más de 50 personas asistentes. Fue un golpe terrible para Recabarren, dice. Se desmoralizó, se

vino abajo ese hombre, dice. Cuenta que un rato después caminaron juntos hacia el barrio Mapocho, donde a la sazón vivía Recabarren. Cuenta que al día siguiente se enteró del suceso por los canillitas que gritaban: Recabarren ha muerto, se suicidó Recabarren.

Un fracaso más no iba a matar a Recabarren. Sin embargo, fue éste un fracaso clave y en un momento clave. ¿En qué marco simbólico entonces hay que insertar este suicidio para que se haga políticamente comprensible como inmolación testimonial?

Es necesario comprender la cultura obrera ilustrada de tiempos del centenario. Recabarren es el representante epónimo de ese universo cultural. Es, en consecuencia, un representante que quiere llevar este modelo más allá de lo que el modelo mismo puede soportar: transgrede el modelo desde dentro. O para decirlo de otra forma: su transgresión consiste en querer perpetuar un sistema que con Alessandri, luego con Altamirano y, por último, con Ibáñez llegaba a su término, el período "heroico" del movimiento obrero chileno.

La actividad pública de Recabarren va desde 1891 a 1924. Se funde con la época que se ha llamado "parlamentaria", el período del dominio oligárquico. El movimiento obrero funciona al margen del Estado, la independencia de la clase es natural y forzosa, la tarea es construir un mundo y una cultura alternativos al poder. El año 1925 marca un hito. Recabarren no podrá aceptar, no podrá adaptarse. Se suicida a fines del 24, ello no deja de ser sintomático. Se mata por una práctica obrera que muere en un Chile que muere.

2. Aunque sea esquemático: el siglo XVI es el choque de culturas; durante el XVII se va produciendo la amalgama que va a prolongarse por todo el XVIII; a fines de este siglo van a percibirse apenas algunos signos, todavía incipientes, de la novedad ilustrada. La armonía cultural del Chile tradicional sólo va a quebrarse notoriamente hacia 1850.

Si la cultura chilena es bastante homogénea entre 1650 y 1850 la del pueblo lo es todavía más: la religión católica impregnada de residuos indígenas, la vida agrícola y la pequeña minería, el cuero, el caballo.

A mediados del XIX se hace frecuente la idea de "cambiar la condición del pobre", que habría aparecido por primera vez con Manuel de Salas. Esto va a ir generando una distancia cada vez mayor entre dos sectores del pueblo: uno que, tanto por condiciones objetivas como por un cambio a nivel de ideas y mentalidades —cosas normalmente unidas—, va a ir transformándose en "clase media" (artesanado especializado, empleados públicos, tipógrafos) y otro sector que va a permanecer todavía por bastante tiempo ajeno a los cambios, a las nuevas formas de producción, a las nuevas ideologías.

El elemento decisivo que va a generar este cambio es el proceso de acumulación capitalista y la reinsertión de Chile en la economía internacional. Esto se expresa teniendo en cuenta cuestiones como las siguientes: la importación de artículos de uso cotidiano y de bienes de capital que van a modificar fuertemente la producción nacional, el arribo más o menos masivo de inmigrantes europeos que llegaban al país por razones económicas o huyendo de trastornos o persecuciones políticas, la entrada de la cultura francesa e inglesa

con las doctrinas del cambio social y del progreso, la aparición de organizaciones, escuelas, centros, periódicos, y todo el universo de la cultura obrera que se autonomiza.

De este modo, hacia el centenario, madura una forma de cultura trabajadora que se venía gestando por más de 50 años y que se identifica por dos oposiciones: su diferenciación de la cultura oligárquica, materializada en el Estado, y su diferenciación de la cultura tradicional preilustrada. Esta cultura trabajadora a que nos referimos, alcanza madurez en la confluencia de tres coordenadas: el forjamiento de una ideología, la consolidación de formas de organización y expresión, la creación de una intelectualidad trabajadora.

El escenario en el cual actúa y del cual es fruto esta cultura va a quebrarse en la década del 20; políticamente, por la apertura del Estado a nuevos sectores, por las leyes sociales y el fin del parlamentarismo; económicamente, por dos grandes remezones, el producido por la Primera Guerra Mundial y el producido por la crisis de fines de la década. Luego, la clase trabajadora tendrá que readaptarse y recrear un nuevo escenario.

3. Fue una cultura que admiraba la ciencia, la literatura, el arte; pero no fue cultura de hombres de ciencia ni de arte, fue hecha por trabajadores, manuales muchas veces, que se daban su tiempo para escribir, organizar, representar teatro, hacer política o crear una biblioteca.

Fue una cultura al margen, alternativa al Estado y justamente en dicha oposición buscó su identidad. Quiso contrastar con la cultura oligárquica. Buscó su identidad en la alteridad. Pero no quiso ser la simple alteridad del pirquinero de Atacama, del arriero de Linares cordillera adentro, o del mariscador de las islas chilotas. No es la alteridad de la distancia inconsciente pura y simplemente.

Fue una cultura que se pensó como diferente, pero deseando rescatar los verdaderos valores de la cultura dominante. Rescatar, realizar los valores del saber científico o de la democracia política y social traicionados por la oligarquía, se decía. Ello significaba, quizás sin darse cuenta del todo, un afán por incorporarse al mundo de las decisiones, del poder, de la palabra.

Fue una cultura que no quiso ignorar a su opuesta, pues se consideraba heredera, heredera de lo mejor de esa tradición que creía moribunda en manos burguesas. Así, el obrero se concibió como el continuador de Galileo y Copérnico, de Dantón y Garibaldi, igualmente que de O'Higgins y de Carrera.

4. 1910 es el año del centenario. Es sabido que por ello mismo, en el desarrollo cultural chileno, tiene el carácter de un balance. En torno a 1910 se genera un proceso de reflexión sobre Chile que se funda, por otra parte, en la madurez de un sistema: la república tiene cien años. Es el proyecto sarmientino o civilizador que ha alcanzado realización prácticamente cabal, un cierto positivismo liberal, tibiamente laicizante, es la ideología no solamente del Estado sino de casi toda persona "culto". Los hombres de 1850, podían ver desde la tumba cómo su ideario había sido definitivamente realizado, podían ver también cómo había sido definitivamente traicionado. Chile contaba con ferrocarriles, telégrafos, inmigración europea, instituciones liberales, edu-

cación más o menos abundante y escuela de preceptores, pero no había llegado a ser la Francia o los EE.UU. de la América del Sur, sino una pobre colonia del capitalismo internacional, con una gran población de bárbaros que, como renovados indios pampa, acosaban los terrenos de la oligarquía.

La cultura obrera ilustrada forma claramente parte de este universo. Ella posee igualmente un fuerte carácter sarmientino, ha idealizado la ciencia y la técnica; ha tomado como modelo de su actuar las teorías y las prácticas del movimiento obrero europeo de España o Bélgica; cuenta con líderes que juegan el rol de intermediarios, que viajan y se impregnan para traer las novedades; es urbana y legalista; su arma privilegiada es la prensa; habla de ilustración, progreso y país culto; se organiza en partidos y elige representantes. Es relevante destacar también cómo para esta cultura el imperialismo y el colonialismo no son un problema, lo campesino y lo autóctono tampoco, el indio prácticamente no existe, lo latinoamericano ni siquiera se nombra.

Sin embargo, siendo por todo esto la cultura obrera ilustrada de tiempos del centenario una parte participante del sistema es, por otro lado, su alternativa. Se plantea al margen y en oposición al Estado, es un afán por construir un mundo paralelo; igual pero mejor, mismo modelo, pero ahora perfecto. Por decirlo de alguna forma: un sarmientismo para todos.

La mentalidad está marcada por la herencia ilustrada y la herencia romántica, asimiladas a través del prisma de un modernismo naturalista. Los cisnes de estos poetas son los periódicos y las princesas son las gestas de la lucha social.

5. Recabarren y en general los conductores ideológicos o políticos de los movimientos de trabajadores, hacia el centenario, pertenecen claramente a la corriente "civilizadora", en las luchas populares latinoamericanas. Recabarren no es Tupac Amaru, no es la montonera argentina —lejos de él están Facundo o el Chacho—, no es Villa ni Zapata. Los conductores chilenos no son caudillos sino educadores, funcionarios de la organización obrera; son hombres de pluma y no de espada, de periódico y de elección; para ellos no hay verdadera lucha popular que no pase por la educación y la organización.

Recabarren en lo de "civilizador" es plenamente representativo, tanto en las acciones como en los conceptos, del carácter de las luchas populares chilenas. Es verdadero que entre nosotros también ha tenido sus representantes la línea "bárbara" (campesina-religiosa-iletrada), pero esta última no se ha enfrentado al poder con una fuerza ni siquiera mucho menor a la que ha tenido la línea "civilizadora". En Chile los trabajadores se han férreamente organizado y además, háyase tratado de organizaciones mutuales, mancomunales, sindicales o demócratas, comunistas, socialistas, ácratas o católicas, todas han tenido muy predominantemente el carácter ilustrado. O si se quiere, las luchas de los trabajadores han sido predominantemente las de sus organizaciones; sin menoscabo por cierto que las huelgas de 1890, 1903, 1905 ó 1907 hayan superado con mucho a las organizaciones que las promovieron originariamente. Sea por la formación económico-social del país, sea por la práctica política que se fue asentando, sea por el tipo de ideología o por las específicas coyunturas que se

dieron, el caso es que la línea "bárbara" sólo ha tenido manifestaciones esporádicas y marginales. Los grandes instrumentos y motivos de acción fueron la educación, la organización, la sede social, el periódico, la biblioteca, la conferencia, la votación. Todo ello, por otra parte, sólo adquiere la significación que queremos darle al comprenderlo por relación al modelo de sociedad expresado y que proviene manifiestamente de la misma vertiente ilustrada-civilizadora.

Ahora bien, la afirmación que la tendencia "civilizadora" ha sido en las luchas populares chilenas, del período que nos ocupa, mucho más fuerte que la "bárbara", puede ser cuestionado al menos parcialmente considerando que la propia historiografía de estos movimientos ha sido realizada generalmente por intelectuales orgánicos a quienes interesaba poner en relieve la gestación y desarrollo de sus propias agrupaciones. Tal vez la propia óptica ha impedido ver la existencia de la otra tendencia, quizás fue incluso segregada al terreno de la reacción. Pero, por otra parte, este posible ocultamiento es justificable si consideramos que el propio hecho de practicar el quehacer historiográfico es algo comprensible sólo desde una perspectiva civilizadora, hacer historiografía en o para la "barbarie" es prácticamente imposible y en todo caso un sinsentido o una contradicción en los términos; escribir un libro para mostrar que no deben escribirse libros.

6. Es la dialéctica entre laicismo y misticismo uno de los elementos marcantes y reveladores de esta cultura obrera. Para adentrarse en ello la ceremonia funeraria y el mausoleo son vías privilegiadas.

El trabajo obrero se encuentra lleno de riesgos. Particularmente en la dinámica de producción del salitre había faenas en las cuales la guadaña de la muerte se hacía presente con frecuencia. Los cachuchos con el caldo hirviendo eran algo así como el extremo infernal de esa Siberia Caliente. Caer en ellos significaba una muy cruel agonía. Pero incluso esa muerte, incluso toda su estupidez y su absurdo era recuperada para la vida. Fue incorporada a la lucha política como fuente de reivindicaciones por mejores condiciones de trabajo. La muerte fue vista desde el progreso, desde el ensanchamiento de la vida y nunca desde el escepticismo.

No hubo tragedia. La muerte fue un simple accidente, una excepción dentro del progreso o bien fue el sacrificio del dar la vida por la causa. Se recuperó así buena parte de la mística cristiana. El trabajador humillado, encarcelado o asesinado se hace nuevo Cristo que va lavando con su sangre la suciedad del mundo, que ha entregado su sangre para la regeneración de la humanidad. No hay lamento sino protesta, hay que sacarle el último jugo de vida al masacrado, hay que aprovechar hasta su muerte en la lucha política, debe transformarse la injusticia cometida en conciencia de nuevos luchadores. Así, este sacrificio no alcanza su realización en una vida espiritual, mística, mediada por fenómenos sobrenaturales, sino que su realización se alcanza laicamente en la lección o el uso que los vivos puedan hacer de él.

Fue una cultura de la esperanza y de la solidaridad, de la construcción y del sacrificio, del dar la vida por la causa. Mentalidad claramente fáustica,

ningún ácrata de la época es nihilista. Cultura en la cual nunca se habla de milagros ni de sobrenaturaleza, donde casi todo es materialismo, aunque de muy particular cuño: los ideales tienen preeminencia, la prédica a las conciencias más relevancia que las condiciones objetivas.

El mausoleo es un monumento alusivo a la vida del trabajo, en colores, coronado por obreros con pala o picota o martillo, vestidos de azul o blanco o rojo: constructores, muy chilenos. Nada de ultratumba. Permanencia sí de las ideas, continuidad en la lucha, conservación del ejemplo. Edificio levantado con los recursos de la sociedad para albergar a los caídos en la lucha después de una existencia de mil batallas por el progreso, mártires por la justicia, héroes en jornadas decisivas, socios que fundaron las primeras columnas. Arco bajo el cual se pasa confirmando la tarea de la vida.

7. El agitador, el periodista obrero o el poeta obrero es el agente de esta cultura a que nos estamos refiriendo. Es éste el intelectual orgánico que va a dar origen al mito del movimiento obrero glorioso.

Es seguramente durante el gobierno de González Videla o bien en el marco de la reacción contra su política represiva, que se elaboran las más grandes obras que van a confirmar la concepción del movimiento obrero glorioso. El *Canto General* y los textos historiográficos de Ramírez y Jobet van a llevar esta concepción hasta su más acabada expresión. Durante el gobierno de la Unidad Popular no se hace sino vulgarizar, en ambos sentidos del término, esta misma idea.

Obviamente no fue Neruda quien creó el mito, él sólo fue quien escribió la mayor poesía épica y la oraciones que más se han rezado. Mucho antes de 1970 o de 1948 se había dado vida a un conjunto de creaciones que sentaron precedente. La primera obra en esta línea es seguramente la de José Zapiola, *La Sociedad de la Igualdad y sus enemigos*; primer texto sobre la historia de la organización de los trabajadores ya escrito con la finalidad de reivindicar una imagen opacada por el oficialismo. Luego de Zapiola, y con finalidades más o menos análogas, encontramos un conjunto de memorias y artículos de periódicos que van a ocuparse de enaltecer detalladamente el rol de los diferentes líderes y organizaciones de trabajadores, en un afán general de legitimación incluso ante los propios ojos.

El régimen autoritario que nos ha oprimido, habiendo sido la mayor ofensiva de toda nuestra historia en contra del movimiento trabajador, no ha generado como reacción, sin embargo, un nuevo reforzamiento del mito de que nos ocupamos. A diferencia de casos anteriores ha producido un proceso de revisión y autocrítica que en vez de mitificar ha preferido reflexionar con el fin de reorientar la práctica. Este nuevo espíritu está representado por los trabajos historiográficos de Bravo Elizondo, Campero, Pizarro o Salazar. Tales trabajos son fruto de una diferente aproximación metodológica y sobre todo los anima una diferente mentalidad: son obras de académicos más que de militantes: quieren más bien entender que convencer, las anima un afán crítico más que propagandístico. Evidentemente por sus mismas cualidades pierden algo o mucho del apasionado candor que animaba las obras de sus predecesores.

Me parece que es durante la primera y segunda décadas del siglo cuando se perfila ya con nitidez la idea del movimiento obrero glorioso, cosa que vuelve a tomar fuerza ante el persistente ataque sufrido por los trabajadores organizados de parte del Estado y la burguesía. La cuestión social ha avivado los odios; el oficialismo descalifica, la intelectualidad obrera se defiende y se reivindica. Los diccionarios biográficos obreros de Osvaldo López son los pilares centrales de este mito, la obra de Recabarren aporta los elementos ideológicos fundamentales, la prensa obrera va a ser la constructora.

El agente de la cultura obrera ilustrada así como da forma a dicha cultura, paralelamente da forma al mito sobre sí mismo: el agitador y el periodista (la misma persona) se convierte en representante, portavoz, ejemplo, vanguardia y por todo ello en chivo expiatorio sobre el cual la dominación descarga su furia y su despecho ante la rebeldía trabajadora. Se levanta así una imagen gloriosa del agitador y del movimiento obrero que éste guía.

La organización presta grandes beneficios, tanto de manera inmediata como a largo plazo; el agitador es puro y valiente, persistente y posee sólo aspiraciones nobles, su acción y su voz son en pro de lo bueno y lo hermoso, es solidario con la suerte del trabajador, es un trabajador más, hace luz en la mente del pueblo, es sacrificado y altruista, da ejemplo que dignifica; la organización es un ejército poderoso que defiende al pueblo y es madre que lo cobija en la adversidad. Evidentemente, todo este conjunto de ideas se hace comprensible desde la batalla ideológica y política: el movimiento obrero de la época, en la búsqueda de su identidad teórica y de una política alternativa al sistema, sufre los embates del poder establecido y debe armarse de una autoconcepción que lo legitime frente a sí mismo y a la opinión pública.

8. Erotismo ausente, hubo sí higiene y una rara prédica donde se mezclaba amor libre y dulzonería. Ciertamente no fue una cultura signada por el sensualismo. Fue una cultura de la pobreza y la escasez, que no compensó con amor el dolor de la existencia, sino que lo hizo a punta de militancia. La mujer fue un compañero. En el mejor de los casos una compañera; jamás la hembra: fuente, caudal y remanso en la orgía carnavalesca de los sentidos.

Aquello que normalmente evoca erotismo fue precisamente mirado desde el no-erotismo. La sexualidad se pensó como higiene, como liberación femenina, como educación de los hijos o como economía doméstica. La erótica fue ocultada por la política. No sólo la muerte, también el sexo y el amor fueron transformados en reivindicación social.

La palabra cama siempre estuvo cerca de hospital y enfermedad. La cama fue un lugar más de dolor, fue la antesala del sepulcro, sus sábanas blancas fueron el negro fantasma de la muerte.

9. Una cosmovisión es una forma de comprender el mundo, es también una forma de filtrar o de seleccionar o de construir la información. La cultura obrera ilustrada es ciertamente una manera de concebir los hechos, una manera de recibirlos, de imaginarlos, de constituirlos. Los eventos se encadenan y se estructuran, se piensan y se responde a ellos a partir de coordenadas ordena-

doras que por cierto no son inmutables, sino que están en juego con la realidad y sus embates.

Es sorprendente el comportamiento de los trabajadores en la Plaza Montt de Iquique, el sábado 21 de diciembre de 1907, antes de la masacre. Es sorprendente principalmente por dos razones: primero, porque atenta contra el buen sentido (contra nuestro buen sentido) y segundo, porque se hacen y se dejan masacrar. Hay curiosamente un sino fatal en ese movimiento que se inmoviliza a sí mismo, que se cierra las puertas y los escapes, que se encierra en orgullo y principismo.

Se puede, claro está, dar la respuesta de la inmadurez. Decir que se trata de un movimiento obrero joven, con una ideología que carece aún de la suficiente coherencia y consistencia. Parece más adecuado conceptualizarlo en términos de mentalidad. Existe allí una mentalidad hecha de machismo y utopismo; hay una ideología que se integra con (en) ella: ideología de la patria, del progreso, de la omnipotencia trabajadora.

A esa cultura obrera le era difícil, muy difícil, asimilar la propia experiencia dolorosa. Una determinada mentalidad y una determinada ideología (en original simbiosis) se transformaban en obstáculo para aprehender el lado feo de la historia; había demasiado carácter místico, sacral, para pensar la realidad "fríamente". Es una cultura "joven" si se quiere, pero que no va a madurar sino que va a morir (haciendo un simil darwiniano), porque no va a poder sobrevivir por falta de aptitud. El mundo cambió y ella no pudo readaptarse. Es cierto que la cultura posterior va a tratar de recuperar sus valores. Incluso hoy día estamos haciendo el estudio, arqueológico, de los elementos que la constituyeron y de las situaciones que construyó o en que se vio envuelta.

El machismo (en el sentido de valentía e intransigencia) y el principismo, como elementos de mentalidad, y la cuestión del progreso, como ideología, no permitían considerar cabalmente que los obreros podían ser vencidos. Incluso, si se concebía la posibilidad de la derrota se conceptualizaba ésta en términos de sacrificio y por ello, en vez de pensarla como derrota actual, se la consideraba como victoria futura. Claro, para esto era necesaria una buena dosis de espíritu estoico: el dolor, la baja en el poder adquisitivo, la represión y la humillación cuesta soportarlos. Hay que hacer, mal que mal, un esfuerzo de "racionalización" mística para transformar estas evidencias nefastas en alegría de una victoria futura que al cabo va transformándose, como en la visión cristiana tradicional, en parusía, al distanciarse más y más de la cotidianidad.

El trabajador rodeado por fuerzas militares en una plaza de Iquique rehusó negociar, se negó a creer en la evidencia y prefirió creer en su deseo.

La cama y el sepulcro, hospital y funeral, la muerte y el mausoleo. Se diría una cultura negativa. Fue, sin embargo, una cultura que no se cansó de exaltar la vida. Quizás no son sino los árboles calcinados por la dictadura lo que nos está impidiendo ver el siempreverde bosque de la cultura obrera ilustrada de tiempos del centenario.